

1 6 4 9  
RUBEN E. NAJERA

Premio Unico de Teatro  
LII Juegos Florales Centroamericanos  
Quezaltenango, 1989



## DRAMATIS PERSONAJE

DON DIEGO DE AVENDAÑO, Gobernador, Capitán, General y Presidente de la Real Audiencia del Reino de Guatemala.

DON JUAN DE MEZQUITA, Dominicó, Ex-Provincial de la Orden

DON RODRIGO DE AVENDAÑO, hijo de Don Diego

SINACAN, Príncipe rebelde de los Cakchiqueles

IGNACIO, indio liberado, al servicio del Gobernador

DON FERMIN DE ALCANTARA

DOÑA ANA DE RENTEIRA, esposa de Don Diego

La acción en 1649, en la ciudad de Santiago de Guatemala. Habitaciones y calabozos del Palacio de los Capitanes Generales. Debe recordarse que un año antes se ha firmado la paz de Westfalia pero España seguirá peleando la Guerra de los Treinta Años algunos más. Las colonias se encuentran en un profundo abandono político y su comercio se ha deprimido terriblemente. Esto, y los estragos naturales, hacen del Palacio un edificio deteriorado, frío y desprovisto de ostentación y lujos.

*(Calabozo. En lo alto, una ventana enrejada deja traslucir el atardecer y, gradualmente, la noche. Sinacán, encadenado, medita, las piernas cruzadas y la vista en la ventana. Don Fermín es un bulto informe que se pierde en la sombra y que no adivinamos sino hasta después. Entra Ignacio, sigiloso, con una vela en la mano. El contraste entre los dos indios es notorio: Sinacán desafía la ley que obliga a vestirse a la usanza española y únicamente se cubre con una taparrabos; una serpiente bicéfalo de jade cuelga de su cuello, emblema de su jerarquía; por el contrario, Ignacio caracteriza al servidor de los españoles y viste a medidas a la manera peninsular.)*

IGNACIO ¡Sinacán! ¡Sinacán!

SINACAN *(Impertérrito)* ¿Qué haces aquí?  
Arriesgas inútilmente vida y posición.

IGNACIO Nadie sospechará. Soy simplemente el mensajero del Gobernador, su perro...

SINACAN ¿Hemos sido algo diferente los últimos cien años? En sus casas nuestro único lugar está junto a las cuadras... o en el calabozo.

IGNACIO Fuiste demasiado temerario. Mandé aviso de la partida que se ponía tras de tus huellas. Debiste haber huido a las montañas.

SINACAN *(Señalando a Don Fermín, que permanece enroscado en la sombra.)* Cuidado. No estamos solos.

IGNACIO No te ocupes de él. Está loco. Alguna oscura historia del Gobernador, que lo trajo consigo encerrado en una jaula y tirado por

una yunta de bueyes cuando llegó a Santiago. Al principio causó revuelo entre la gente, pero con el tiempo olvidaron ese extraño equipaje. Sin embargo...

SINACAN ¿Sin embargo...?

IGNACIO Don Diego lo frecuenta religiosamente. Baja por las noches a los calabozos, conversa con él... Es un decir, porque éste apenas conoce otro idioma que los gruñidos. Sinacán: debes huir antes de que empiece el tormento, antes del amanecer. Podemos burlar la guardia en la madrugada; sé cómo salir de palacio y de la ciudad sin ser visto.

SINACAN ¿Tú me enseñarás cómo escapar? He vivido atacando y huyendo desde que era niño. Esta vez me han capturado, es cierto, pero hasta el animal más ágil tiene un momento de cansancio. Me ocupa poco el tormento y

menos la muerte. ¿Huir? ¿Cuál es tu nombre?

IGNACIO. Ignacio.

SINACAN. No, no ése que no tiene el sonido de nuestras gargantas, sino el tuyo, el único.

IGNACIO. No tengo la memoria de mi pasado, como tú. Mis padres sirvieron todas sus vidas en las casas y haciendas de los españoles. Antes de eso, no sé.

SINACAN. Tus cadenas son más pesadas que las mías, entonces. Sin embargo, tu piel tiene el mismo color que la mía y ese traje no está hecho para tu cuerpo.

IGNACIO. Ni mis sueños. Con frecuencia, en la noche, el confuso sonido de los animales parece hablarme en una lengua que no comprendo. Me llaman con un nombre que nunca recuerdo pero que no es éste que los curas me impusieron.

SINACAN. Bien... No todo está perdido, por lo visto. Todos tenemos un nombre que no puede ser escrito por manos de hombre y que nos antecede y permanece más allá de nuestras vidas. No continúes con los españoles. Allá, en la montaña, tu verdadero pueblo se esconde y se congrega en las cavernas que aún ocultan nuestros altares. Si huyo contigo vendrás con los tuyos; si no, los buscarás para contarles mi muerte.

IGNACIO. No te he visto morir. Por otro lado, ésta es la única vida que he conocido. Está llena de silencio y de olvido, pero el hábito de la mansedumbre puede ser más fuerte que la promesa de cavernas que no conozco.

SINACAN. Las conoces. Son un poco como esos sueños en los que hablan las voces de tus antepasados y de tus verdaderos dioses. Te esperaré antes del amanecer, si puedes volver. Soy apenas un hombre, un pedazo de carne y un soplo de los dioses. Carne a carne y soplo a soplo somos mucho más: un pueblo y un orgullo de todos. Tendrán que aplastarnos o dejarse vencer, poco a poco, más allá del horizonte de las generaciones. ¿Sabes qué es lo más importante de la vida, Ignacio? El eco que deja rebotando entre los árboles de la

selva en que se extingue.

*(La noche ha entrado. Por la ventana vemos cómo se perfila en el cielo un meteoro impresionante: un gran bólido de fuego, rojo, que incendia la escena con su luz. Los indios permanecen impassibles, pero Don Fermín se agita conforme va descubriendo el cometa. Lo vemos surgir de las sombras como una sombra más, vestida de suciedad y pátina, hirsuta, emitiendo sordos alaridos. Aterrorizado busca escapar del haz de luz que penetra por el enrejado y, al fin, recordando algo en su perdida memoria, se arrodilla y musita una salmodia que interpretamos como una oración.)*

SINACAN. Son tristes y repulsivos, Ignacio. Su dios se esconde en la oscuridad de sus templos, colgado de su ridículo árbol. Cuando se enfrentan a la tempestad o a las señales del cielo, como esa estrella, hacen lo que este demente: lloran como mujeres, se prosternan como ancianos, reptan como lagartos. El eclipse, la conjunción de los astros, el cometa, son idioma de los dioses, hablan su sereno amor a la vida.

IGNACIO. Para los españoles el cometa es augurio de desastres. Se reúnen en sus iglesias a orar y a pedir clemencia a su dios. Creen que es como la espada de su furia.

SINACAN. Es difícil amar a un dios colérico. Los nuestros siembran el mundo del que son vigilantes. Debe estar muy desilusionado de sus hombres este dios español.

IGNACIO. Volveré por ti antes del amanecer. Cuando el sol salga ya estaremos lejos.

SINACAN. Irás conmigo, entonces, Me importa tanto como salvar la vida.

*(La escena se oscurece y vuelve a iluminarse en uno de los aposentos superiores del palacio. Doña Ana borda mientras conversa con Don Juan de Mézquita y, al fondo, en un pupitre, Don Rodrigo de Avendaño escribe dedicadamente. Doña Ana es una mujer madura, inexpresiva, de sangre plebeya pero segura del papel que juega; Don Juan, por el*

*contrario, es un hombre de edad, cuya inseguridad se manifiesta con tanta intensidad como su velada tozudez. La conversación se escucha desde antes de que el escenario sea visible. Sillas, un retrato de Don Diego y un crucifijo; al fondo, una ventana por la que vemos el cometa.)*

DOÑA ANA. Las paganas bocas de las sibilas también fueron instrumento del Señor- ¿Por qué habría de despreciar las de los gitanos?

DON JUAN. Es pecado de orgullo, Doña Ana, pensar que para nuestras pequeñas personas Dios habría de recurrir al mismo tipo de portentos que para anunciar el nacimiento de su hijo.

DOÑA ANA. El cometa brilla para todos igual. Lo que asegura no puede ser pequeño.

DON JUAN. Pero los gitanos sirven al diablo. No debéis frecuentarlos más, señora.

DOÑA ANA. Se cruzaron en mi camino. Además, son buenos herreros y músicos. ¿Un momento de ligereza tan ingenua os turba tanto? En la casa de mi infancia los veíamos pasar en la tarde con sus hogares a cuestas y sentíamos lástima por ellos. Nos dejábamos decir la fortuna para alegrarlos...

DON JUAN. O para tentar vuestra vanidad, puesto que con frecuencia deslizan al oído de quien los escucha las debilidades que la carne se goza en escuchar.

DOÑA ANA. Basta, Don Juan. Os digo que, como todos los hombres, los gitanos conocen la alegría y el dolor. En todo caso, nunca permanecen demasiado tiempo: el odio de los demás los obliga a errar por doquier. Además, bien sabéis que meteoros como éste rigen los desastres de la tierra sin necesidad de que los gitanos los anuncien.

DON JUAN. Este lado del mundo está lleno de pecado, es cierto. Los indios se resisten a aceptar la fe o, lo que es peor, la simulan para salvar la vida. Justo es que Dios envíe la espada de su cólera contra nosotros.

DOÑA ANA. Acaso somos la más terrible de las

plagas. No importa lo que digáis, la cristiandad ha traído a las Indias males que, os puedo asegurar, no hubiesen sido merecidos por todos los pecados de indios y gitanos acumulados.

DON JUAN. Todos los pecados reunidos no se comparan al esencial, que es no seguir a Cristo. De cualquier modo, Doña Ana, haréis bien en no volver a buscar adivinos ni repetir sus profecías. En vuestra confesión de mañana...

DOÑA ANA. Dormid tranquilo hasta mañana, Don Juan. Sólo Dios sabe lo que se propone. *(Entra Don Diego de Avendaño, apoyando en un bastón con puño de marfil. Viste de negro; su rostro prematuramente avejentado refleja una larga y dolorosa enfermedad. Con frecuencia se ve obligado a reprimir espasmos de dolor que producen contracciones en sus músculos faciales y dificultan sus movimientos. Es el tipo de hombre para el cual la enfermedad sirve de aguijón al orgullo.)*

DON DIEGO. La guardia ha regresado a mediodía. Han encontrado y capturado a Sinacán. *(Doña Ana y Don Juan se apresuran a darle una ayuda que rechaza; Don Rodrigo continúa empecinado en su lección.)*

DON JUAN. ¿Vivo?

DON DIEGO. ¿Esperabais que desobedecieran mis órdenes? Sinacán es un príncipe y como tal debe ser tratado.

DON JUAN. ¿Príncipe de infieles cuyo orgullo afrenta a Dios y al rey.

DON DIEGO. Vuestras prédicas para el púlpito, Don Juan. No es sólo el rango, sino la calidad del hombre, gústeles o no a vuestros hermanos y a los mojigatos hidalgos que se conforman con usurpar un poco de tierra en este rincón del mundo. Sinacán se encuentra en el calabozo: es un honor para este palacio que sólo ha sido habitado por oportunistas y ladrones vestidos de seda. Sois mi amigo, ¿no es así?

DON JUAN. Como tal me siento honrado.

DON DIEGO. Los amigos son traidores o

- serviles, Don Juan. Sólo los enemigos son dignos de compartir la misma mesa.
- DOÑA ANA. (*Ayudándolo a sentarse*) Ven, Diego... ¿Es joven?
- DON DIEGO. Sí.
- DOÑA ANA. ¿Y harás con él...?
- DON DIEGO. Lo que deba hacerse. Tú sabes mejor que nadie de qué extremos soy capaz.
- DOÑA ANA. Sí, lo sé. (*Hay un angustia inicial que se desvanece tras un intercambio de miradas.*)
- DON JUAN. Podré visitarlo, entonces, para instarlo a abrazar la fe antes del suplicio.
- DON DIEGO. Os atrae ver la víctima antes de que el potro y las disciplinas la despedacen. Vuestra malicia de buitre es inconmensurable, Don Juan. Pero no lo veréis, no insultaré su encierro con la ignominia de vuestra presencia.
- DON JUAN. Pero Dios...
- DON RODRIGO. (*Leyendo en voz alta una línea de su lección*) Dominus quasi vir pugnatur, omnipotens nomen eis.
- DON JUAN. (*Acercándose al niño y revisando sus papeles*) Dominus quasi vir pugnatur, omnipotens nomen eis. Bien, Rodrigo. (*Lee.*) “El Señor es como hombre de combate”. Bien, bien. “Todopoderoso lo llaman”. Correcta traducción mas poco económica y carente de estilo. Mirad. (*Toma la pluma y escribe.*) “Cual guerrero es el Señor y Todopoder su nombre”. Como veis, el ritmo es esencial: “Cual guerrero es el Señor y Todopoder su nombre”.
- DON DIEGO. Dejadlo en paz, Don Juan. ¿No habéis notado la hora? No debo insistiros en que deseo de él un hombre de mundo, no de casullas.
- DON JUAN. Vuesencia disculpará si mi celo parece excesivo, pero es precisamente por vuestra premura en lanzarlo al mundo que acelero las cuestiones del espíritu.
- DON DIEGO. Tonterías. Mi prisa tiene un sentido. El espíritu es frágil y no se compara con el templado acero de una espada ni con el tintineante oro de una moneda. Enseñadle el latín para que no se pierda en las intrigas de los letrados, pero no me vengáis con pretensiones de alcahuete, buenas para virgenes pero no para jóvenes que aún tienen muchos lechos por probar. ¡Rodrigo!
- DON RODRIGO. (*Adelantándose*) ¿Señor?
- DON DIEGO. Muchas letras por hoy. Mañana, al amanecer, la jaca estará ensillada y al palafrenero te aguardará en el patio. Quiero que cabalgues a tu antojo, que olvides el tiempo hasta la hora del almuerzo, que será frugal. Luego un paseo y, a media tarde, la esgrima. Que nada te distraiga de esa rutina. No lo olvides... (*Un intento de acariciar la cabeza del niño se transforma en un espasmo de dolor. Intenta levantarse y pierde el equilibrio.*)
- DON RODRIGO. (*Sonsteniéndolo*) ¡Padre!
- DOÑA ANA. (*Corriendo en su auxilio*) ¡Diego!
- DON DIEGO. No os angustiéis, es sólo un mal paso. (*A Don Rodrigo.*) Vete a dormir. Empiezas a oler a pergamino húmedo. Acompáñalo, Ana.  
(*Salen Don Rodrigo y Doña Ana.*)
- DON JUAN. Sufrís más hoy.
- DON DIEGO. No puedo sufrir más, Don Juan. Hace mucho tiempo que un mayor dolor me parece imposible. La muerte avanza en mis entrañas y si no termina de conquistarme no es porque yo me oponga a ella sino porque la carne es menos débil de lo que enseñan vuestras doctrinas.
- DON JUAN. Si al menos el sufrimiento os hiciera más humilde.
- DON DIEGO. El dolor es soberbio. Es gracias a él que nuestro orgullo se alimenta y ese orgullo es la virtud última que no reconocéis, que queréis abatir con vuestras letanías, ante la que cerráis los ojos para no admitir que el sufrimiento es una verruga en la perfecta esfera de la creación. Somos de carne y la carne duele.

DON JUAN. Frágil crisálida del espíritu. Todo sufrimiento es necesario para nacer a la luz.

DON DIEGO. Vuestras esperanzas son vanas, Don Juan. Permanecéis a mi lado para ver mi alma ascendiendo al cielo con ridículas alas de paloma en cuanto mi corazón colapse. Pero perded cuidado: cuando me derrumbe sólo quedará de mí este despojo a medio podrir y nada, ni un hálito ni una sombra, ascenderá por los aires. Sois extraños buitres los clérigos. Veláis pacientemente el tormento y la muerte de los hombres, torturáis y matáis cuando las víctimas naturales escasean con el único propósito de verificar vuestras tesis del alma inmortal. Pero pasan los siglos y nada comprobáis, sino el vacío que deja la muerte y que no se puede llenar con vuestros rezos ni con vuestras disciplinas.

DON JUAN. La voz del enfermo es irresponsable, como la del niño y la del loco. Peca menos pero, con todo, peca.

DON DIEGO. Si es cierto, sois predicadores del pecado, del suplicio, de la renuncia, de la muerte. ¿Qué, si no, habéis sembrado entre los pobres salvajes de estas tierras? Sois profetas de plagas y, para colmo, la primera de las plagas. Y, sin embargo, me agradáis, Don Juan. Sois débil, sois tímido, en el fondo dudáis. Eso puede redimirnos, ya que no os habéis rendido al roce de un cuerpo de mujer ni habéis levantado espada para defender o atacar.

DON JUAN. El Señor ha apartado de mí esos cálices.

DON DIEGO. La vida no os los hubiera evitado si la hubieseis escogido. Poned el escabel bajo mis pies. (*Don Juan obedece.*) Así está mejor. ¿Sabéis qué es lo que más me atormenta? El olor. Puedo olvidar los dolores, que ya no me abandonan, pero esta fetidez que me acompaña durante el día y los insomnios es infinitamente más insoportable. Me obliga a mantener a Rodrigo alejado porque no quiero que me recuerdes así. El único consuelo de un moribundo es saber que algo suyo,

profundamente suyo, lo sobrevivirá. Eso no disipa las sombras de la noche que se acerca pero atempera el saber de la derrota que se siente al atardecer. Por momentos pienso que el orgullo puede muy bien abandonarse si, al menos, se hereda.

DON JUAN. ¡Os aliviaría de tantas cargas el hacerlo!

DON DIEGO. ¿Como vos mismo lo habéis hecho? No esperéis que me compare a vuestra cobardía. Media docena de frailes plebeyos se confabula contra vos, os lleva a juicio y renunciáis cabizbajo a vuestro provincialato. ¿Qué os queda, Don Juan? Una ermita, la humillación, el estigma de desórdenes que, según vuestros acusadores, promovíais en el convento, unas tristes lecciones de latín al hijo de un hombre como yo... Si aceptárais mi oferta, aún estaríais a tiempo de devolver el golpe, de escarmentar a los traidores, de hundirlos desde ya en su infierno.

DON JUAN. Me hundiría en el mío, como vos.

DON DIEGO. Puede ser, pero comprobaríais que aún en este infierno existen jerarquías y el precio del sufrimiento propio bien vale el del ajeno. Vuestro dios no es guerrero: pide soldados para la batalla que él mismo no libra. Pide generales que actúen y piensen por él.

DON JUAN. Callad. No agitéis más las tormentas que nos rodean.

DON DIEGO. No hay tormentas, Don Juan, sólo la intuición del final.

DON JUAN. No estáis solo en eso. Otras llamas palidecen junto a la vuestra.

DON DIEGO. Me ocuparé de apagarlas antes de partir. Pero veo que una vez más mis secretos os pesan más que a mí.

DON JUAN. ¿Qué queréis? Son siete años ya esperando en vos un atisbo de misericordia.

DON DIEGO. De debilidad...

DON JUAN. Me tomasteis como instrumento de vuestra venganza. Tal vez hicisteis buena elección porque no podía oponerme a vos. Pero fue mala, también, porque plegándome

a vos evité instrumentos más eficientes y prolongué el tiempo para vuestra reflexión.

DON DIEGO. No hay tal, Don Juan, no hay tal. Sois débil, os digo, y dudáis. Me he servido bien de vos y aún lo seguiré haciendo después de muerto.

DON JUAN. Y, no obstante, acaso tenga entre manos vuestra última oportunidad. He sido llamado por la superiora de Santa Catarina...

DON DIEGO. (*Irguiéndose, alterado*) ¿Qué hay con esa urraca? ¿No le bastan las prebendas y los óbolos con que favorezco su convento?

DON JUAN. Por el contrario, os llena de bendiciones, hace celebrar misas por vuestra salud y ora por vuestra salvación.

DON DIEGO. Nada he pedido de eso. Una sola condición media entre nosotros.

DON JUAN. Lo sé, pero es el caso que... Doña Ana...

DON DIEGO. (*Tajante*) ¡Sólo existe una Ana de Renteira y es la que habita este palacio! Recién la habéis visto. Atiende sus menesteres con discreción y honra mi nombre.

DON JUAN. Sabéis bien que hablo de la otra, de la verdadera...

DON DIEGO. ¡Idos al diablo! La verdadera comparte mi lecho. Llegué a esta esquina del mundo siete años ha. con una esposa, un hijo y mi equipaje. Nada más.

DON JUAN. Sea. Os hablo de la sombra de Doña Ana, entonces, que vino como parte de vuestro equipaje. Los designios del Señor son extraños. Don Diego, y El ha querido que, como vos, sufras un mal terrible.

DON DIEGO. Quiso quitarle la razón y arrebatarme la satisfacción de la venganza. ¿Qué hay con eso?

DON JUAN. No, no es locura, que es una bendición. Se trata de la lepra...

DON DIEGO. (*Olvidando sus dolores y avanzando hacia el crucifijo*) Otra vez quieres llevarme la delantera. ¿no?

DON JUAN. Su cuerpo se desmorona por fuera

como el vuestro por dentro. Sed compasivo, Don Diego, Devolvedle, si no la luz de la razón que no es vuestra potestad, la luz del mundo. Encerrada por los muros del convento su carne se envenenará más.

DON DIEGO. No, nunca. ¿Qué pretenden esas monjas arpías? ¿Temen el contagio? Sea. Tomad el dinero que fuere menester, haced construir un pabellón sin puertas al fondo del huerto. ¿No quieren tocarla? Comprad entonces dos negras para que la atiendan. Pero la luz y el aire, no. Loca o cuerda no volverá a pertenecer a este mundo.

DON JUAN. Ha purgado con creces sus culpas y ya no es sino una sombra de mujer. ¿Qué daño os puede causar?

DON DIEGO. Ninguno más mientras esté en mí evitarlo. No os inmiscuáis, Don Juan, Plegaos a vuestro papel de instrumento y abandonad ése ridículo de consciencia. Estáis hecho para obedecer, nada más. Salvad cuántas almas os plazca excepto la mía, que no os la concedo, y la de ella, que ya no la tiene más. Os equivocáis de nuevo: no es la sombra de una mujer, sino la de una traición.

DON JUAN. Estáis tan enfermo de rencor...

DON DIEGO. Estoy enfermo de triunfo. Mis fuerzas se agotan pero bastan. Para lo que importa siete años no me han debilitado. Llego al final, pero el final será a mi modo, no al vuestro. Marchaos, Don Juan, idos a esconder a vuestra mísera ermita, pasad la noche flagelándoos si queréis, rezad hasta que la garganta se os destroce. No quisisteis entrar en el mundo y el mundo no os compete: es cosa mía. ¡Fuera, fuera! Volveréis porque es parte de vuestra mansedumbre, porque vuestras esperanzas os seguirán arrastrando por el fracaso y la sumisión. Pero no os corresponde ni siquiera esa triste misión de mensajero de causas perdidas porque lleváis en la frente la derrota.

DON JUAN. Don Diego, os lo suplico...

DON DIEGO. (*Más con cansancio que con furia*) Adiós, Don Juan. Habéis hablado de

sobra. Callad ahora, callad siempre, porque vuestros votos son parte de vuestra debilidad. Callad cuando estéis frente a mi cadáver porque de mí no quedará sino el vacío y seguiréis sin hallar en mi espacio para la misericordia.

*(Don Juan baja la cabeza, se sube la capucha, hunde las manos en las mangas y se retira en silencio. Don Diego permanece uno instante más frente al crucifijo. Su respiración se acelera e, intempestivamente, toma el bastón y azota con él los muebles de la habitación hasta que las fuerzas lo abandonan y se desploma. Esta vez queda viendo de soslayo su propio retrato y lo increpa.)*

DON DIEGO. Don Diego de Avendaño: no intentes verte en este reflejo. Poco tenemos en común, todavía, y esa mirada ingenua, ese orgullo por los cordones de las ordenes que heredaste o ganaste, esa luz de esperanza que alumbraba tu frente, han dejado de pertenecerte. Te restan la determinación, la convicción de una última batalla que hará de ti, nuevamente, un guerrero. Te resta ese único reguero que quedará después de ti, el hijo en el que no quisieras reconocer la sangre materna y en el que también has luchado por vencer. No me mires como un despojo, tampoco. El cañón que guarda la última bala, la espada que conserva su filo para el último estoque, se parecen más a lo que ves. Morir es la gloria suprema, morir limpiamente, sin dejar el más leve intersticio de escape para el enemigo. Confía en mí, confía en mí todavía unos momentos más...

*(La escena se ha ido oscureciendo gradualmente y se reilumina en otra habitación del palacio, una pequeña sala de música. Al fondo, una ventana alta con los postigos entrecerrados oculta momentáneamente el cometa. Doña Ana interpreta en la espineta aires que evocan las danzas de las suites francesas de Bach.)*

DON DIEGO. ¿Extrañas las vegas de Logroño, Ana?

DOÑA ANA. El pasado no me conmueve. Mi

infancia y las playas del Ebro son fantasmas que no me visitan.

DON DIEGO. Tampoco a mí, pero a veces, al ver a Rodrigo jugando, recuerdo que a esa edad los amigos todavía eran una posibilidad. No estaré a su lado en el momento de la desilusión.

DOÑA ANA. Estarás porque tu amistad le será cara aún cuando ya no recuerde las arrugas de tu rostro.

DON DIEGO. ¿Y tú?

DONA ANA. Estaré también, puesto que es mi hijo.

DON DIEGO. Aunque no seas su madre.

*(Doña Ana interrumpe su interpretación. Levanta la vista hacia Don Diego y, tras un instante, continúa.)*

DOÑA ANA. ¿A qué ese recordatorio ocioso?

DON DIEGO. No es nada... son muchas cosas... es todo. Para mí has sido la única esposa y la única madre, pero las sombras de mi pasado caminan todavía sobre la tierra.

DONA ANA. No quiero saber. Las vi alguna vez, al principio, hace tantos años. Hasta he llegado a olvidar mi verdadero nombre.

DON DIEGO. También yo, porque pensé que serías Ana de Renteira por poco tiempo. Entonces eras un salvoconducto que me libraba de las incomodidades de las explicaciones y de los curiosos. Pero ahora eres, pese a tu sangre villana, la esposa que hubiera deseado desde el principio.

DOÑA ANA. Rodrigo se nutrió en estos pechos, fecundados para un hijo que no tuvo tiempo de tener nombre, sin parar mientes en mi cuna; tú llevabas en la frente el sello de la desesperanza, lo que te hacía mi semejante; y yo...una vez enterrado ese hijo recién nacido, no tenía ni pasado ni ilusiones. Nunca te he estorbado, Diego, nunca te he pedido lo que no estabas dispuesto a dar.

DON DIEGO. Yo te pedí mucho a cambio. Ocupar el lugar de la mujer que merecía la muerte pero que deseaba conservar viva



despojándola de su nombre, de su fortuna, de sus paisajes... Es extraño como has llegado a ser la verdadera Ana de Renteira y la otra, que ostentó sus títulos y me acompañó en el altar y el lecho nupcial, ha tomado la corporeidad de un mal sueño.

DONA ANA. Un sueño que aún te turba y contribuye a tu insomnio.

DON DIEGO. Sí. En un principio el insomnio estaba atado a las imágenes de Ana y Fermín. No me atormentaban; por el contrario, soñaba formas de atormentarlos y hacerlos pagar por los años de mi credulidad y confianza. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado?

DOÑA ANA. Catorce años.

DON DIEGO. Catorce años, en efecto. Me engañaron siete, siete los he tenido sometidos a mi voluntad, destruyéndolos lentamente.

DONA ANA. No me des detalles, Diego. No quiero repetirlos mientras duermo o si alguna vez la fiebre me hace desvariar.

DON DIEGO. No te angusties. No estás a salvo de mi secreto puesto que como nodriza presenciaste todo, pero las consecuencias de mi ira, que los hombres pueden juzgar como crimen, no te alcanzan.

DOÑA ANA. Hasta ese secreto he logrado olvidar. Soy Ana de Renteira, Hidalga, cuando menos en esta orilla del mundo donde aún es posible inventar el pasado. Vivo para un hijo...

DON DIEGO. Para el que yo muero sin remedio.

DOÑA ANA. ¿El dolor es mayor?

DON DIEGO. El dolor ya no tiene sentido. Sólo tu música prolonga los palpitos de este cuerpo. Tantos años sin dormir, Ana, cuyas noches has llenado una y otra vez con esa espineta. Nunca te has quejado.

DOÑA ANA. ¿De qué? Un hombre es diferente para cada persona. Los notables del reino te tienen por ejemplo de rectitud y virtudes; tu hijo te idolatra; tu verdadera esposa te ignora; el amigo que no perdonas te teme... Yo te respeto y la calidad de mi sentimiento es más fuerte que eso que desconozco, el amor.

DON DIEGO. Sigue tocando, no te detengas...

*(Pausa. Entra Don Rodrigo, en traje de cama, corriendo, con gesto de sorpresa en el rostro. La música se interrumpe.)*

DON RODRIGO. ¡Padre, padre! Sal a la ventana. Se ha hecho más grande que el sol, y rojo, rojo como una brasa.

DON DIEGO. No te atropelles, Rodrigo. ¿Qué ocurre?

DON RODRIGO. La estrella. La gente corre por las calles y los indios se miran en silencio...

*(Las campanas de la Catedral llaman a oración. Doña Ana toma a Don Rodrigo de la mano y se dirige con él a la ventana. Abre los postigos y vemos perfiles de volcanes y, arriba, en el cielo, a lo largo del horizonte, la roja esfera del cometa y su cabellera que se diluye hacia abajo. Don Diego contempla la escena desde lejos.)*

DON DIEGO. *(Para sí)* Muy teatral... Muy teatral... Un signo es lo que necesitaba...

DONA ANA. Los gitanos han dicho que las señales del cielo son fuente de desgracias.

DON DIEGO. He visto meteoros como éste antes. Ten por cierto que las desgracias del hombre las construye él mismo. Pero la tierra es frágil y sus ciclones y sus terremotos parecen ensañarse en esta parte del mundo. Me pregunto si no habremos traído con nosotros esa maldición. No temas, Rodrigo.

DON RODRIGO. No. Es hermoso, como una cabalgata al amanecer.

DONA ANA. Diego: la Catedral está iluminada. Con tu venia, iremos a la oración...

DON DIEGO. Si así lo quieres. Pero recuerda, no pidas por mí. *(Estrecha la mano de Doña Ana, acaricia la cabeza de Don Rodrigo y camina hacia el proscenio. La mujer y el niño siguen frente a la ventana. De pronto, acometido por una idea, se vuelve.)* Ana, no lo olvides, no pidas por mí. Y cuida de Rodrigo porque sólo a ti lo he confiado.

*(El escenario se oscurece. Solamente permanecen iluminados el cometa, un crucifijo*

y Don Diego.)

DON DIEGO. (*Hablando indistintamente al crucifijo y al cometa*) No sé por qué he buscado tantas veces esta conversación en la que no has querido participar. Es, imagino, cuestión de hábito. Puesto que no sé si me escuchas, puesto que años de imprecaciones no te han hecho reaccionar y no te has dignado responderme, puesto que la soledad me ha entregado de nuevo a la necesidad de hablarte, debo aceptar esta condición de tus enigmas celestes. Sé que alguna vez estas piernas que hoy apenas me sostienen me llevaron por las márgenes del Ebro y me lanzaron como pez por sus corrientes. Sé que estas rodillas deformes presionaron los flanco de jacas soberbias en las cenagosas planicies del país de Flandes. Luchábamos en tu nombre. En tu nombre sometíamos a los apóstatas. Llevábamos la fe en la boca y la espada en la mano. En el alma no sé qué, el fuego, tal vez, con que alumbrábamos las hogueras de los condenados. Pero el fuego consume al verdugo y al reo por igual y tu soplo nunca estuvo con nosotros para apaciguar los ardores del alma. No me culpes por las cenizas frías que llevo adentro: obra tuya son, pues no detuviste el fuego a tiempo y tus marionetas se desbocaron y montaron su propio espectáculo de traiciones y mezquindades. Sí, te hablo de mi vida, de esta oscuridad que me circunda, de esta necesidad de usurpar tus poderes para sujetar las cuerdas de las marionetas y clavarlas sobre las llamas de mi propia hoguera. Son siete años ya, hundido en el olvido de las Indias, ocupado por nimiedades de provincia, asediado por un clima cuya humedad me cala hasta los huesos, perturbado por el trepidar de una tierra demasiado joven cuyas entrañas no terminan de aplacarse. Somos memoria perdida de España, atados al otro lado del mar por el débil hilo de unas cuantas epístolas y un triste comercio que apenas sobrevive las tempestades y los piratas. Heme aquí, pues, rey, como tú, de la miseria. Cada día nos

parecemos más tú y yo, pero el juego de la omnipotencia hasta. Seremos iguales, Señor, cuando yo también ingrese en la sombra y el silencio. He visto desmoronarse el imperio a lo largo de mi vida. Nací con el siglo.

En mi juventud luché en las batallas en las que perdimos el país de Flandes; más tarde, peleé las infructuosas guerras por recuperar Cataluña y Portugal. No viví la efímera gloria de la invasión a Francia, es cierto, pero crecí en medio del odio y la pobreza que surgen de las guerras y de los fanatismos de la religión. Mientras España empeñaba su orgullo por unos acres de tierra en el sur de Italia y chupaba la sangre de estas colonias para sostener a sus huestes y a sus burócratas, viví también mis propias guerras internas... Los soldados de tu fe dejaron de preocuparme de pronto: si no me empeñaba en vencer a los enemigos de mi propia vida, ¿qué me quedaba? Una sola lección aprendí de ti: la venganza maquinada fríamente, la despreocupación por las causas de reyes tarados e impotentes. Podría haber escogido el generalato, podía haber olvidado a los chacales que mancillaban mi nombre, mi casa y mi lecho. En tu nombre y en el de aquellos sobre cuyas testas derramas coronas sería, aún hoy, un victorioso cazador de calvinistas y judíos. Pero tus recetas de perdón y olvido son estériles. Escogí este Nuevo Mundo que tan poco te ocupa y que has entregado a España para que alimente su improductividad y sus guerras por otras razones: su abandono, su miseria, su debilidad política, sus inescrutables selvas, servían bien a mis designios. A los míos, escuchas, no a los tuyos.

La encomienda longitud de tu brazo es corta cuando se trata de estos mundos. Aquí el destino se burla de ti, España se prolonga gracias a un puñado de aventureros con ínfulas de hidalgos, tu Iglesia se rige por unos cuantos iluminados atormentados por sueños que rayan en fiebre y demencia y los indios han sabido sobrevivir muy bien sin tener la menor noción de tu existencia. Cierto: la corrupción

es mal que se contagia lenta e inexorablemente, pero España no dejará otra herencia en estas tierras. Y, sin embargo, este Nuevo Mundo tiene en sus entrañas un poder extraño que permanece a pesar de nuestras conquistas. Desde el primer amanecer al pie de estos volcanes supe que traía conmigo algo más que el primer amanecer al pie de estos volcanes supe que traía conmigo algo más que familia y equipaje. Traía amargura, la convicción de que la derrota que incubaba mi espíritu terminaría por destruirme antes de consumir mi venganza y antes de salvar a los que amo. Ahora sé que no es cierto, que terminaré por burlarme de ti y del destino y de los caprichos del azar y que, más allá de mi puerto, seguirán ondeando velas de navíos que yo he lanzado al agua. Claro que no cuento con tu ayuda. La lepra de esa mujer es un regalo tuyo, sin duda, y otra mala jugada de tu parte. ¿Qué pretendes ahora? Me arrebataste la mitad de mi venganza al quitarle la razón; así, ya no pude contemplar su espíritu atormentado por mi presencia y su cautiverio: Viva, viendo su belleza y sus pasiones marchitarse sin esperanza, hubiera compensado sus crímenes con el castigo que me impediste aplicarle. Ahora debes querer que muera antes que yo y me deje en el vacío, incapaz de consumir hasta el final mis planes. Pero aún tengo cartas que no imaginas para lanzar sobre la mesa. Quedo yo y mi vida, que puedo regir a mi antojo. Queda Fermín, sumido en la sombra de su calabozo. Quedas tú, cuyo poder tiene grietas. El amor y la amistad, la lealtad y el honor me fueron inculcados en tu nombre. Así me entregué con pasión a ella y con los ojos cerrados a él. Seguía tus mandatos, me plegaba a tu regla. A cambio ostentaba sin remilgos mi fervor, mi rectitud, mi devoción a las causas que los reyes de la cristiandad peleaban para ti. Seguir en tu camino, más tarde, hubiera significado el perdón, la resignación, la renuncia. Si luego de ver el lecho conyugal mancillado por aquélla que sobre todas las cosas de la tierra iluminaba mi vida y la de mi hijo, si luego de descubrir la

conspiración del amigo que buscaba, no sólo mi mujer, sino mi posición, mi fortuna, mi honor y la lealtad de mis hombres, hubiese perdonado, dado un paso a un lado y dejado que el torrente se desbordara sin salpicarme, hoy estaría entre tus elegidos y me depararías hasta la canonización. ¿Me equivoco, Señor? ¡Pero qué precios pides a los imperfectos productos de tu caprichosa creación! Cuando el amor es tibio, fácil es apagar las brasas, pero cuando lo ha sido todo, cuando ha moldeado cada uno de nuestros pasos, el fuego del amor sólo puede dar paso al incendio. No te tocará mi ira, de eso estoy cierto, pero burlando el destino de placer que deparas a los traidores en la tierra, golpeo cuando menos un átomo de tu fortaleza, cuestiono tu perfección, te incito a la furia que hierve en tu interior y tenazmente niegas. La lepra es un juego sucio, pero yo también soy una llaga de lepra escupida a tus pies. Ahora has decidido hablar por medio de tus meteoros. Extraña forma la de tus desafíos y muy espectacular. No me dejas muchas oportunidades, pero supongo que aún te intriga la forma en que responderé a tu reto. Permíteme plantearte algunas pistas. Ana de Renteira, la verdadera Ana de Renteira, agoniza demente en la casa de tus hijas; de acuerdo, ella es tuya desde hace tiempo y te la cedo sin mayor pesar. Fermín de Alcántara es un guñapo que conservo en la humedad de mis calabozos sin que sepas qué espero de él. Has creído todos estos años que mi odio se ensañaba con ambos.

La primera furia la descargué contra los pobres diablos que los denunciaron y quisieron abrir mis ojos a la verdad; murieron rápido, por mi propia mano, porque un delator es una alimaña despreciable. Tu propio hijo ejerció, por medio del destino, esa justicia implacable. Pero la rabia de los primeros momentos es seguida siempre por una claridad inusitada. Yo planeé estos siete años en todos sus detalles, compré la Presidencia de estas provincias, reemplacé a mi esposa por una nodriza durante el viaje, reduje a prisión a Fermín al tocar tierra,

despedí a mi séquito en silencio y con suficiente oro para comprar su olvido. Me quedaba esperar que el tiempo alianzara mis planes, a que Rodrigo creciera sin conocer la deshonra de su verdadera madre. Si tu ceguera no es extrema, comprenderás que hasta esta enfermedad que me sostiene me la he fraguado yo y no es parte de tus designios. ¡Ah!, pero más allá de la traición de la amada y del amigo hay dos que son mayores y que te niegas a reconocer. Una es la de España, adalid de la cristiandad, es decir, instrumento de tus guerras; crecí y viví de acuerdo a sus reglas, la serví sin pedir a cambio otra cosa que esa fuerza que esperaba ver de su fe, de su rigor espiritual, pero en el fondo del pantano infecto que son el alma de los reyes y sus súbditos sólo encontré el amor al oro, la lascivia del corazón, la mezquindad y la abulia. No puedo pertenecer a este mundo ni servir sus guerras ni sus conquistas. La segunda traición es tuya, porque eres un tirano que disculpa todo en nombre de su hegemonía. La crueldad, la injusticia, la infidelidad, te importan poco, son un buen precio. Nos encubriste este nuevo mundo en espera de que juntáramos fuerzas y males suficientes para ponerlo a tus pies; no me ha costado mucho comprender tus razones y la farsa de tu universalidad. Como ves, tus estrellas de fuego me impresionan poco. Son como espadas en el cielo, ciertamente, pero la única espada que cuenta es la que te atraviesa las costillas. No jugaré, por tanto, de acuerdo a tus reglas. No me atormenta la culpa de mis actos porque me han satisfecho; no me angustia el futuro de esos dos seres que amo y que me sobrevivirán porque mi propia vida es prueba de que no los alcanzarás. No me intimidan tu amor, que pesa poco, ni tu ira, que se detiene en las fronteras de la noche. Ahora, si gustas, sígueme: te invito a descender a las profundidades de mi abismo. ¡Ignacio! ¡Ignacio! *(Ignacio sale de la sombra y se dirige a él.) Esta vez necesito tu hombro, amigo mío. (La escena se ilumina en el calabozo. Sinacán y Don Fermín en las mismas posiciones que al*

*inicio. Don Diego camina apoyándose en el bastón y en Ignacio.)*

DON DIEGO. Henos frente a frente otra vez, Sinacán. Tienes nombre de reyes. Nuestros cronistas hablan de otro Sinacán que, como tú, se opuso a la ley de España. No me sorprende tu edad: también nosotros hemos abundado en reyes niños, pero casi siempre han sido caracteres débiles, marionetas en las manos de consejeros y cortesanos que nos han gobernado y han instilado su imbecilidad en nuestros pueblos. Serías una triste imagen del rey si te llevara conmigo, desnudo, indefenso, cargado de cadenas como estás. Al menos eso pensaba siete años atrás...

SINACAN. Un rey se mide por la lealtad de sus hombre, no por la extensión de sus tierras ni por el lujo de su atuendo.

DON DIEGO. Dirías que somos leales, entonces. puesto que nos cubrimos con el lábaro de un rey cuya voz ni siquiera se digna dirigirse hacia este lado del océano. No, Sinacán, un rey se mide también por el oro que necesita y distribuye entre quienes sostienen el poder de su trono. Pero el oro no tuvo ocasión de corromper a los tuyos. En su nombre te vencimos y no en el de la lealtad.

SINACAN. Mi pueblo no tiene oro, jamás le interesó. Tampoco a vosotros, que en el fondo buscabais la servidumbre y la esclavitud de los míos. Robáis nuestro trabajo, ya que las tierras nunca tuvimos por nuestras...

DON DIEGO. Ahora son del rey de España...y de su lacayos.

SINACAN. Como tú.

DON DIEGO. Como yo. Y, sin embargo, de conocerme sabrías que no soy un buen lacayo, que simulo servir para servirme a mí mismo.

SINACAN. Nunca he comprendido a los españoles. Habláis demasiado y vuestros actos rara vez corresponden a los que habláis. Vuestros soldados y vuestros sacerdotes parecen pertenecer a distintas razas pero en algo son idénticos: en el mal que riegan a su paso. No sé quién sirves ni me interesa. Si eres

continuar sus estudios en una población lejana. Pero a pesar del dejo nostálgico del final de la obra el énfasis está puesto en la necesidad de ir a aprender para volver a ayudar a los suyos.<sup>20</sup>

De hecho, dentro del esfuerzo de “recuperación” constante de lo propio, el idioma, tanto hablado como escrito, ha sido de elemental importancia tanto para los maestros como para los alumnos. *La tragedia del jaguar*, como varias otras obras del Laboratorio, cuenta con una versión en chontal. *Romeo y Julieta*, por ejemplo, llevó a la escena el conflicto de dos tribus indígenas hablada en los dos idiomas locales.

Recientemente el trabajo del LTCI se ha extendido a otras regiones de México, contando ya con montajes en Sinaloa y en Yucatán.

Es indudable que en este fin de siglo nuestro pasado indígena ha despertado un enorme interés. Desde el punto de vista histórico, podríamos decir que es un ciclo que se repite en el tiempo, ya con alguna regularidad. De hecho, se pueden detectar tres momentos en el discurso dramático de las Américas en los que el tema del indio ha llegado a ocupar un primer plano. Y hablamos del “tema” porque el indio en sí, con voz propia, a no ser por las obras derivadas de la tradición oral, como vimos antes, no es sino hasta época muy reciente que empieza a surgir y de manera esporádica la mayoría de las veces.

El primer ciclo de interés por el indígena como motivo literario en América se dio a finales del siglo XVIII y principios del XIX a partir de la revuelta de Tupac Amará (1789), ante quien se presentó el drama *Ollantay*, pieza de origen quechua aparentemente reconstruida por el “clérigo altopereño Antonio Valdez, cura de Sicuani” (Citado por Amusquivar), hasta abarcar las guerras independentistas cuyos líderes buscaron en el acervo local inspiración para su lucha, imbuidos como estaban, de paso, en la retórica romanticista que exaltaba al hombre primitivo. En buena parte del continente surgieron obras cuyos protagonistas eran más reencarnaciones dramáticas de las tragedias griegas que indios latinoamericanos como, por ejemplo, en la obra *Guatimocin* (1827) del poeta colombiano, radicado en Cuba, José Fernández Madrid (1789-1830).

El investigador chileno Pedro Bravo-Elizondo en su prólogo a la obra *Digo que norte sur corre la tierra* de Claudio Arrau incluida aquí nos habla de “un retorno a la búsqueda del mito legendario de los mapuches y araucanos” en la época, evidenciado en la inauguración en 1820 de un nuevo teatro en el que se presentó junto con el *Catón de Utica* de Joseph Addison “una loa en que intervienen personajes mapuches”. En Cuba donde ya no habían indios, el poeta José María Heredia (1803-1839) nos dejó un valioso legado literario que incluye la “tragedia en tres actos inconclusa *Moctezuma o los mexicanos* (1819) y *Xicotencatl o Los Tlascaltecas* (1823) de la que sólo se conoce el plan general”.<sup>21</sup>

Un segundo ciclo de interés por la temática indígena se vuelve a registrar a principios del siglo XX en parte impulsado por los movimientos primitivistas que trajo la vanguardia, tanto europea como norteamericana, que al tiempo que dio paso a un “negrismo” en las Antillas impulsó un “indigenismo” que en el caso de algunos países como en los del área del Caribe fue propiamente “un indigenismo sin indios”,<sup>22</sup> y por la llamada “generación de los problemas sociales”. Productora de ensayos y novelas, esta generación se dedicó a interpretar la realidad nacional y a re-evaluar su patrimonio cultural. De

20 María Alicia Martínez Medrano, *Una edad feliz, tranoya 14-15* (1988): 53-82. Ver también los comentarios a la obra de Tomás Espinoza, “En Oxolotán, el teatro vuelve a sus orígenes” y Angeles Mastreta, “Teatro de niños en la selva tabasqueña” en la misma edición de *Tranoya 14-15*.

21 Carlos Miguel Suárez-Radillo, *El teatro neoclásico y costumbrista hispanoamericano, Tomo I* (Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984) 220-223.

22 *Teatro Gratey, Panorama del teatro dominicano, 2 Vols.* (santo Domingo: Editora Corripio, 1984) I: 231-232.

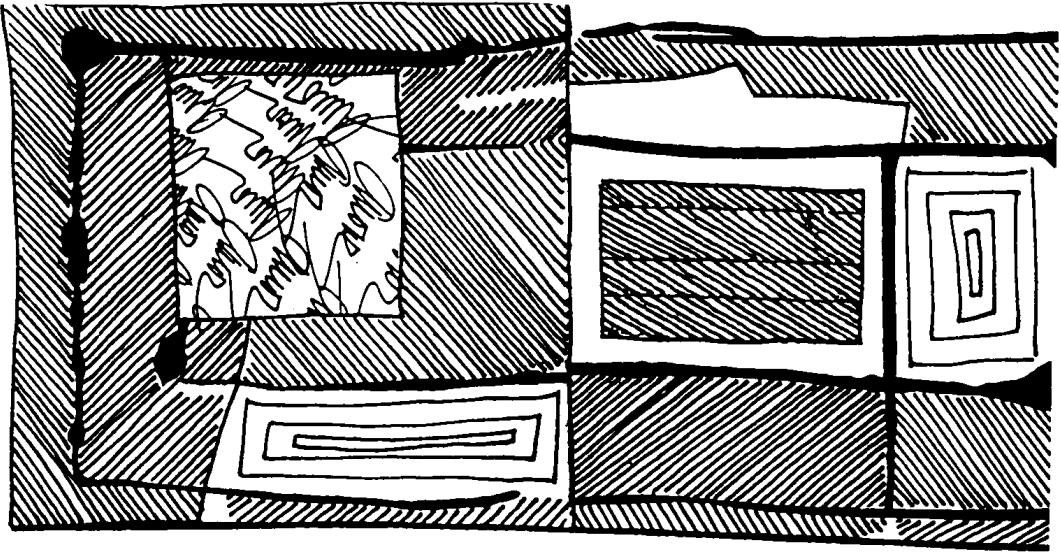
instrumento de un rey, tu rey vale poco; si te sirves a ti mismo, tu nombre es el de la traición.

**DON DIEGO.** Puede ser, puede ser... La víctima puede terminar por semejar el crimen de que fue objeto. Siempre he creído que un enemigo valiente puede ver mejor en el corazón de su enemigo que en el de sus allegados. ¿Cuánto tiempo ha pasado, Sinacán?

**SINACAN.** Para mí, cinco años; para ti, cinco siglos.

**DON DIEGO.** (*Sintiéndose aquejado por el dolor*) Es una enfermedad cruel, tienes razón.

Estoy muerto por dentro, Sinacán. Mis órganos se descomponen lentamente, los miembros me atormentan sin cesar y pienso, a ratos, que no podré dar el siguiente paso. Esta noche puede ser la última. No es mi voluntad negarle a la tierra su alimento, aunque todo moribundo relega sus postreros asuntos para el próximo día. Tenerte aquí me ha obligado a recordar que el tiempo es breve.



**SINACAN.** Avendaño era un soldado cuando lo conocí.

**DON DIEGO.** ¿Lo recuerdas? Siempre he sido temerario pero aquella noche, perdido en la montaña, sentí miedo. Los ídolos de piedra custodiaban el claro y ahí, al centro del claro, estabas tú. La fiebre y el cansancio me agobiaban. Pensé que como otro ídolo te vendrías contra mí y me aplastarías. Diste buen combate. La herida nunca dejó de molestarme.

**SINACAN.** Me has perseguido desde entonces.

**DON DIEGO.** No niego que he deseado volver a verte frente a frente, pero la persecución viene de esos mezquinos encomenderos a los que dejabas sin trabajadores y a cuyas cosechas prendías fuego. El Gobernador del Reino tiene que dar alguna satisfacción a los súbditos de la corona. Para nuestros curas y frailes, además, eres una encarnación del demonio y mientras vivas sus altares no estarán a salvo.

**SINACAN.** Los nuestros han sido destruidos por la espada y la cruz. No llevo sangre de reyes; mi nombre es una memoria, no el producto de un linaje. Mi pueblo se basta a sí mismo, mi tormento y mi muerte no lo debilitarán.

**DON DIEGO.** Cierto, no me ha sido difícil comprenderlo. Lo supe la noche en que nos enfrentamos y casi muero por tus manos. Lo supe antes, cuando puse mis pies en estas tierras y contemplé por primera vez los ojos de un hombre de tu raza: eran negros e impenetrables como la piedra. Nunca podremos entenderos, nunca os conquistaremos del todo, ¿no es así, Sinacán?

**SINACAN.** Si estás convencido, ¿por qué este acoso? ¿por qué esta visita? Debías haberme entregado a tus verdugos y dejar que el potro hablara en tu lugar.

**DON DIEGO.** La suspicacia no es tu mejor virtud. ¿Qué sabes tú lo que espero de ti? Tras cinco años de esta persecución aparente hay quienes creen en un deseo de venganza obsesivo, irrefrenable. de mi parte: hay

quienes aseguran que los sirvo bien e intento acabar con las plagas que los aquejan. ¿No es cierto, Sinacán, que incendias las haciendas de los súbditos españoles? ¿No es cierto que robas los hijos de los indios para que no trabajen en nuestros campos y los asesinas en el altar de tus dioses? ¿No es cierto que desafías nuestra ley y vistes a la usanza inmoral de tus antepasados?

**SINACAN.** Sólo los vuestros asesinan niños, yo los salvo de la esclavitud. Cierto que algunos mueren en la huida y otros no soportan el rigor de la selva, pero el precio vale por los que conservamos la vida y nuestros dioses. Yo también fui arrebatado a tus encomenderos en mi infancia.

**DON DIEGO.** Había escuchado esa leyenda. De alguna forma yo también he pretendido salvar a mi hijo, Sinacán. Lo que no creo que sospeches es que no he querido servir los intereses de los hacendados. Sus cosechas me importan poco. La venganza es otra cosa: he vivido para ella. Hasta esta enfermedad que me corroe es una revancha contra quienes han creído que el dolor es el camino del arrepentimiento. Pero tú nada has hecho para sumarte a los que sufren mi ira.

**SINACAN.** Llevas el escudo de España en tu pecho; yo no comprendo de vuestros símbolos sino el sentido de muerte y destrucción que tiene para nosotros. Tus antepasados masacraron a los míos, tomaron sus tierras, sus mujeres, el trabajo de sus hijos. Pero la selva es grande y la bala de vuestros arcabuces corta: aún nos restan muchos campos de batalla en los que vuestros caballos y vuestras armaduras están de nuestro lado.

**DON DIEGO.** No, Sinacán, no triunfaréis de esa forma. El león español es paciente y voraz; no os pisa los talones: desparrama sus vicios, tala los árboles, os contamina con la cruz. Si estuviera en tu lugar haría lo mismo que tú, no con la esperanza de la victoria porque sabría reconocer los signos del crepúsculo, pero sí con la convicción de que la noche se avecina y nos cubrirá por igual a todos.

SINACAN. (*Señalando la ventana*) Las espadas vendrán del cielo, entonces.

DON DIEGO. He ahí el lenguaje que no comprendía. Desde el principio ese abismo que separa nuestras razas me pareció más grande que el océano que, a la larga, las une. Habría odiado a toda la humanidad de no ser por esa traición de las convicciones que significa un hijo y por esa prueba, Sinacán, de que tú y yo somos creación de distintos dioses.

SINACAN. Si eso es así, nuestras guerras se repetirán en los dominios de los dioses.

DON DIEGO. Puede ser, pero su tiempo no es el mismo que el nuestro y el mío se agota. De momento eres mi invitado; no he podido ofrecerte otros aposentos pero permanecerás poco tiempo en éstos.

SINACAN. Me favorecerás con una muerte rápida, entonces.

DON DIEGO. No, no es posible. Un lado de la balanza pesa con los jueces del Santo Oficio y los reclamos de los hidalgos españoles; el otro con mi voluntad. Un momento más y sabrás el punto en el que el fiel se detendrá. No te veré de nuevo, Sinacán, pero necesitaba esta entrevista aunque todavía no comprendas su significado. Nuestro dios es un guerrero, pero los tuyos han laborado mucho tiempo en silencio y no cesarán en sus trabajos. Es bueno ver frente a frente a un enemigo, es bueno ver sus ojos y la soberbia que los inflama. En Europa aprendí a pelear contra fantasmas, abstracciones que no ofrecían substancia al embate de mi espada; en el fondo estaban únicamente las miserias de los hombres confabulando contra mí... ¿Qué batallas puedes librar cuando no hay orgullo en ninguna de las facciones que se enfrentan (*Se levanta y camina penosamente hacia el bulto de Don Fermín.*)

SINACAN. (*A Ignacio*) Más que la enfermedad es la tempestad la que lo consume. Tiene todos los defectos de los españoles, la complicación al hablar, el mal olor a flor de piel, pero, con todo, en algo es diferente. De tenerlo cerca,

nunca podría dormir. ¿No lo ayudas?

IGNACIO. No es necesario si lo ha pedido.

(*Don Fermín es poco menos que el recuerdo de un hombre. Se agazapa en una esquina, harapiento, cubierto de costras y llagas, con las moscas volando en su derredor; su cabeza es una maraña de greñas hirsutas y sucias; muñecas y tobillos cargan cadenas pero éstas no le impiden desplazarse, entre reptando y caminando, por la celda.*)

DON DIEGO. Fermín, Fermín, ¿me escuchas? He venido a visitarte de nuevo. Sin duda esperabas al verdugo pero esta noche he decidido ser yo quien te atienda. Tienes suerte: hoy no es día de tormento. Pero, ¿qué sabes tú del tiempo? ¿Qué saben ya tus ojos de ortos y ocasos? Es una lástima que el cielo haya dejado de existir para ti; los crepúsculos en estas latitudes son hermosos y esta noche un meteoro extraño cubre la mitad de la esfera celeste. Otras veces son los volcanes, con sus columnas de fuego subiendo y bajando por sus laderas. Pero, al menos, habrás sentido sus temblores alguna vez. Aquí, en lo hondo de estos sótanos, la tierra habla con más claridad que arriba. Fermín, ¿me escuchas? (*Don Fermín agita torpemente la cabeza y emite un sonido gutural, como despertando de un estado de torpor.*) Bien, no te importunaré mucho tiempo, no por consideración a ti, que dispones liberalmente de él, sino porque el mío se hace intolerable. Me parece, además, que nuestras conversaciones empiezan a ser monótonas.

DON FERMIN. ¿Diego...?

DON DIEGO. Me permites sentarme. Creo que podemos dispensar cortesías. Sí, soy yo, no un sueño, porque imagino que puedes diferenciarme con dificultad de los fantasmas que te acosan. Y estoy solo, no te inquietes.

DON FERMIN. Diego, por favor, déjame...

DON DIEGO. Siento importunarte, Fermín, pero no está en ti impedirlo. En tu vida rijo yo. Es lo menos que puedo hacer luego de que intentaste destruir la mía. ¿Has llevado las



cuentas? Yo lo he hecho por ti. Son siete años que has habitado esta pocilga, siete años que has recibido las visitas de mis verdugos. No es extraño el número: siete años también gozaste de mi protección y mi confianza, comiste en mi mesa, te beneficiaste de mis bienes, mi fortuna, mi posición. Siete años que usurpaste mi lecho.

DON FERMIN. Mátame, Diego, te lo suplico...

DON DIEGO. ¿Por qué? Eres mi amigo, ¿no es así? No podría dar un paso ni levantar un dedo en tu contra. Tu vida me pertenece pero no tu muerte. ¿Cuántas veces me lo has pedido! Más nada puede alejarte de mí. Aunque rompieras tus cadenas no podrías caminar ni reconocerías otra voz que no fuera la mía. Yo ocupo todo el espacio de tu vida.

DON FERMIN. No quiero saber. Sólo dormir, cerrar los ojos. olvidarte...

DON DIEGO. Como tú, tampoco he conocido el sueño durante todos estos años. Los últimos han estado llenos de dolor como los tuyos. Somos demasiados parecidos, Fermín; tu cuerpo se deshace por fuera, el mío por dentro pero ambos caminan a la descomposición por mi voluntad. Además, es prudente que lo sepas, alguien más ha empezado a morir con nosotros: Ana...

DON FERMIN. ¿Ana? ¿Qué has hecho, Diego? ¿Dónde está?

DON DIEGO. Tus recuerdos son más claros que tu prisión. ¿Cómo la recuerdas? Hermosa, altiva sin duda, pero no pura. La pureza fue algo efímero en su vida y tú ayudaste a matarla. La lealtad... ¿fue leal contigo, Fermín? No, tampoco, porque compartió el lecho conmigo, también.

DON FERMIN. Ha muerto, ¿no es cierto?

DON DIEGO. De alguna forma y no por mi causa. Su furia de pasión provocó su locura. Perderte también contribuyó, pero no toqué tan siquiera su piel, no hubiera podido. Era muy hermosa, Fermín, y tú probaste su belleza mejor que yo. Está viva, tan viva como tú, pero la lepra ha empezado a corroer su belleza, a

alimentarse de la tersura de su piel, a hincar su diente en sus pechos...

DON FERMIN. Mientes...mientes...ella no...  
*(Paroxismo. Se abalanza contra Don Diego pero a éste le basta con extender el bastón contra su pecho para derribarlo.)*

DON DIEGO. Algo de fuerza te queda. Guárdala un momento, Fermín, sólo un momento. ¿Qué a ti ya lo que ocurra a tu amante? Nunca la verás y si llegaras a hacerlo sus ojos desorbitados ya no verían en ti ni siquiera la miseria en que te has convertido. Ella y tú son no más que el signo de la desesperanza.

El destino es una fauce oscura y todos caemos en ella tarde o temprano.

DON FERMIN. ¿Por qué no matarnos, por qué dejarnos vivir?

DON DIEGO. ¿Por qué no me habéis matado vosotros a tiempo? Mi vida fue vuestra perdición. Tendría más preguntas que hacerte de las que podrías responderme y tus respuestas, si las tuvieras, de nada servirían ya. No creas que te odio, Fermín, ni que me ensaño con Ana. Su castigo no vino de mis manos sino de las de otro que también quiso burlarme. El infierno es una fantasía, Fermín, e inclusive quiénes pretendieron haberlo visitado no trajeron descripciones más crudas que las que la guerra y la peste han ofrecido en la tierra. Los siete años de mi humillación se compensan con los de la vuestra. Es una simple cuestión de números: poniendo mi balanza a nivel contribuyó al equilibrio de la balanza del mundo. Alguna vez tuve compasión de ti, pensé ofrecerte la muerte y liberarte de una vez por todas pero, de haberlo hecho, la balanza hubiera estado en mi contra una vez más. Te he hecho esperar el momento en que me serviría de ti.

DON DIEGO. Nada hace sentido aquí. ¿Eres Diego en verdad? No, no puede ser, no aprecio tu sonrisa ni el calor que me dispensabas. Diego, ¿recuerdas las cacerías, las batallas, las conversaciones junto al fuego?

DON DIEGO. Tienes más memoria que yo, Estás en las Indias, Fermín. Aquí tú eres la presa, aquí Castilla no existe, aquí las guerras de religión no se pelean porque la única guerra posible es de dios contra dios. Y tú y yo somos sacos de huesos, nada más.

DON FERMIN. *(Riendo)* Las Indias...es cierto. Me lanzaste en la bodega del barco, me llevaste atado a una yunta por caminos del infierno... Las Indias son el infierno.

DON DIEGO. Pata ti. Para mí han sido un aprendizaje de olvidos, una rutina de justicia y serenidad, un lento descenso a la calma sólo interrumpida por estas visitas nocturnas y otras en las que terminé de agotar el recuerdo de la Ana casi infantil que habitó alguna vez mis sueños. Pero esta transición hacia el olvido absoluto llega a su final, Fermín. *(Extrae un manojo de llaves del cinto y las lanza a Ignacio que las recibe en el aire y las usa para liberar las cadenas de Sinacán.)*

SINACAN. *(Turbado por primera vez)* Pero, ¿qué hacer?

IGNACIO. *(Indicando silencio)* ¿No comprendes? Tu verdadero aliado en palacio no he sido yo.

DON DIEGO. Los gitanos esperan en las cercanías de la Catedral y te llevarán lejos, Sinacán. Cúbrete con mi capa. El cometa ha producido tal confusión que ninguno se ocupará en entorpecer tu camino. Espera un momento, tan solo, pero no intervengas. Nuestros mundos son diferentes y no quiero contaminar el tuyo pero es bueno que conozcas las honduras del mío. Ante ti están los dos extremos de España: un capitán del reino y un traidor tienen la misma fisonomía. Miranos: este miserable con sus harapos y yo con mis sedas agonizamos y enloquecemos por igual, malolientes, perdidos en el laberinto de nuestras pasiones. No dejes que los tuyos mezclen su sangre con la nuestra porque el cáncer corroerá por igual sus cuerpos y sus almas. ¿No es cierto, Fermín? ¿No siente tu cuerpo desgonzado lo mismo que el mío en el

que ninguna viscera está sana? Fermín, escúchame. La muerte no te salvará del infierno porque seguirás viviendo como un recuerdo sin forma y nunca volverás a gozar la piel de tu amada que cae a pedazos... ¿Qué harías si te dejara asir, por un instante, esto? *(Produce un puñal que sostiene por la hoja y levanta ritualmente ante el rostro de Don Fermín. Este se extasia en el reflejo del metal, tiembla, se yergue lentamente.)* Es hermoso, ¿no te parece? Frágil como el hielo, pero lleno de promesas. Su filo es como una puerta cuando sabes dónde abrirla. No, no te engaño. Lo he guardado todos estos años para ti, como un recuerdo de nuestra amistad. ¡Tómalo! *(Con furia salvaje y recurriendo a todas sus fuerzas, Don Fermín se apodera del puñal, lo sujeta con ambas manos y, sin dejar de temblar, lo contempla con ojos desorbitados. Un rugido sale de su cuerpo y crece hasta hacerse frenético, mientras se abalanza contra Don Diego y lo apuñala varias veces. Agotado, se desploma, deja caer el puñal y se aparta reptando, convulsionado por la risa y el llanto. Don Diego respira aliviado, entornando los ojos.)*

Gracias, Fermín, gracias. Al fin dejo de sufrir. Te he permitido que me hagas un último bien, que utilices las fuerzas que te restan, para ser mi médico. Te he conservado para esto, para que me ayudes a burlar el destino... ¡y a Dios! *(A Sinacán, que ha contemplado inmóvil una escena que no termina de comprender.)* Ya ves, Sinacán, el mundo que os proponemos es absurdo, aún no está en buenos términos con su creador. Vete, vuelve con los tuyos, levántate contra España... Yo soy una afrenta en el rostro de Dios. Te toca ser un afrenta en el rostro de España... *(Se desvanece.)*

*(Sinacán se adelanta a tomar la capa y el puñal. Se detiene un momento frente al moribundo. Don Fermín gimotea al fondo del calabozo.)*

SINACAN. *(A Ignacio)* ¿Vienes conmigo?

IGNACIO. *(Quitándose la camisa)* Voy.

*(Salen. La figura gladiforme del cometa va creciendo conforme la oscuridad invade la*

escena.)

Guatemala, 16 de mayo de 1988

#### NOTA DEL AUTOR

Salvo por algunos nombres y circunstancias muy generales, las situaciones, caracteres y argumento de esta obra son ficticios. El especialista notará serios anacronismos, como la presencia de un rebelde cakchiquel un siglo después de que éstos habían sido sometidos.

El objeto del autor no ha sido, sin embargo, hacer un drama histórico sino una pieza en la que converjan problemas humanos muy

individuales con arraigados problemas culturales de Indoamérica. El compendio histórico de Domingo Juarros no hace referencia a un cometa en el año 1649. Señala, únicamente, que ese año, el 14 de abril, "se vio en el hemisferio de Guatemala un globo de fuego: fenómeno que el día de hoy (*principios del siglo XIX*), en que se halla la Física más bien cultivada en esta Metrópoli, no hubiera ocasionado mayor asombro, pero que en aquellos tiempos llenó de pavor y espanto a sus moradores."

